

# POLÍTICA, CRISIS Y ENFERMEDAD. EL MEDITERRÁNEO EN EL *MERCURIO HISTÓRICO Y POLÍTICO-MERCURIO DE ESPAÑA* (1756-1799)<sup>1</sup>

*Politics, Crisis and Illness. The Mediterranean in the Mercurio Histórico y Político-Mercurio de España (1756-1799)*

Antonio Manuel BERNÁ ORTIGOSA  
Universidad de Alicante  
antoniomanuel.berna@ua.es

Fecha de recepción: 07/11/2023  
Fecha de aceptación: 04/04/2024

RESUMEN: El *Mercurio Histórico y Político-Mercurio de España* (1738-1830) se consagró como un periódico oficial en 1756. Desde entonces sus contenidos adquirieron un componente ideológico. En este trabajo arrojamos luz sobre cómo se politizaron las enfermedades junto a otras noticias para conformar un discurso dominante que, entre 1756-1799, distinguió a los Estados mediterráneos occidentales y orientales. El hilo conductor es la peste, interrelacionado con las creencias otomanas, la inestabilidad política, las coyunturas económicas, la conflictividad social y la guerra; en frente del progreso económico, el control sanitario, la filantropía y el orden cristiano.

*Palabras clave:* Mercurio; peste; progreso; crisis; siglo XVIII; Mediterráneo.

ABSTRACT: The *Mercurio Histórico y Político-Mercurio de España* (1738-1830) turn an official newspaper from 1756. Then a what big part of his contents

1. Dicha propuesta está financiada por la subvención para la contratación de personal investigador de carácter predoctoral de la Comunitat Valenciana (ACIF 2020 / Exp. 172).

purchased an ideological component. In this work pretend to shed light on how used the illnesses beside other news to conform a dominant speech that, among 1756-1799, distinguished to the western Mediterranean States and oriental. The conductive thread is the plague, interrelated with the Ottomans beliefs, the political unsteadiness, the famine, the social conflicts and the war, in front of the economic progress, the sanitary control, the philanthropic and the Christian order.

*Key words:* Mercurio; plague; progress; crisis; 18th century; Mediterranean.

## 1. INTRODUCCIÓN

El Mediterráneo es un personaje histórico cuyas características naturales han favorecido el desarrollo de las sociedades humanas. El asentamiento en esta zona es idóneo por las condiciones climáticas –inviernos templados y húmedos y veranos secos y cálidos– y la fertilidad del suelo. La orografía, flanqueada por escarpadas montañas y bosques, está comunicada naturalmente con ríos, valles y llanuras. La agricultura y la conexión interna configuraron un modelo de vida conectado a los puertos y transportes marítimos. Las actividades náuticas, en un mar impredecible, se limitaban a los meses de primavera y verano, cuando se podía viajar entre las costas occidentales y orientales. La cuenca mediterránea, como dice Armando Alberola Romá, es un espacio de influencias física, económica, social y cultural que marca el nivel de intercambios comerciales, la lucha contra el medio y la obtención de rendimientos agrícolas<sup>2</sup>.

La historiografía ha trabajado laboriosamente para dar a conocer todas las fases y dinámicas que se intrincaron en este mar. Como es evidente no tenemos margen –y tampoco lo pretendemos– para dar cuenta de todo ello. Sin embargo, queremos poner el foco en dos factores concretos: la transmisión de enfermedades<sup>3</sup> y de noticias periodísticas. Las enfermedades son un fenómeno biológico vinculado a unas determinadas características ambientales y climáticas. En suma, las sociedades mediterráneas padecieron la *Pequeña Edad del Hielo* durante el siglo XVIII. Es decir, una oscilación climática que tuvo su fase más álgida en la Edad Moderna y que redujo la temperatura media en 1-2 °C, agudizó la variabilidad e intensidad hidrometeorológicas de signo opuesto, benefició la proliferación de epidemias y desencadenó motines o crisis de subsistencia<sup>4</sup>. Así, el movimiento

2. Alberola Romá (2019: 83-119) reflexionó específicamente sobre el papel que jugaron los fenómenos hidrometeorológicos y biológicos extremos en la articulación del paisaje y de los sectores productivos.

3. Aquí no nos centramos en la distribución de los estados de salud y de las colectividades humanas, una de las líneas de investigación más usuales de la historia de la medicina (López Piñero, 2000: 16).

4. Para España, consúltese a Alberola Romá (2014); y para Europa, a Le Roy Ladurie (2017).

de pasajeros y mercancías por los puertos del *Mare Nostrum* favoreció el traslado de los agentes patógenos<sup>5</sup>.

Es curioso que la historiografía apenas se haya hecho eco de la perspectiva periodística en el ámbito mediterráneo. La riqueza de la prensa ofrece nuevas posibilidades para conocer hechos desconocidos y comprender las visiones culturales que los acompañaron. Por tanto, deseamos aclarar que las noticias, lejos de ser un conjunto de información neutra y objetiva, son mensajes que comprimen –en unas escasas líneas– el imaginario de una sociedad y su época. El periodismo dieciochesco español informó entre sus páginas de autoridades, instituciones, disposiciones legales, desplazamientos comerciales, agricultura, viajes, batallas, encuentros, ideas, inventos, curiosidades o eventos cotidianos. Pero también de enfermedades contagiosas y epidémicas que, con un marcado carácter coyuntural, viajaron por todo el Mediterráneo, ocasionaron la muerte de centenares de personas, paralizaron las labores económicas, despertaron el ingenio de las autoridades e impregnaron un miedo reconocible en los subconscientes colectivos. La evolución histórica de las sociedades ha significado un difícil proceso de adaptación y coexistencia con estas manifestaciones biológicas. Las enfermedades fueron –y son– una realidad cotidiana. Por lo tanto, son objeto de historia; y a nosotros nos interesa la perspectiva de cómo se imaginaron y difundieron en la prensa.

Todo aquel fenómeno pensado es cultura porque interviene directamente en el lento discurrir de la vida. Lo es en la medida en que se concibe a partir de unas ideas y experiencias que marcan la percepción de esa vivencia y de las que están por venir<sup>6</sup>. Aquí nos interrogamos por el parecer que esbozó la prensa española con estos temas. ¿Por qué? ¿Para qué? El *Memorial Literario* (1784-1808) ha sido la

5. La literatura especializada sobre enfermedades infecciosas durante el siglo XVIII es abundante. Por ejemplo, Bueno Vergara y Perdiguero Gil (2023: 13-39) analizaron las principales líneas historiográficas del Setecientos en España; John Chircop y Francisco Javier Martínez (2018) han coordinado el volumen más actualizado sobre contención y enfermedades en el Mediterráneo, desvelando los factores que condicionaron el desarrollo de las cuarentenas sanitarias y las diferencias en su uso y evolución desde España hasta Estambul. También es de obligada lectura la obra editada por Varlik (2017) sobre el Mediterráneo islámico, donde están presentes la variante religiosa, las epidemias del siglo XVIII o las respuestas otomanas. Por último, Barona Vilar (2023) y Bernabeu Mestre (2024) han producido dos monografías que abordan desde la óptica total –y actual– las profesiones, espacios, tradiciones y métodos de sanación, así como los contextos de la historia de las crisis sanitarias.

6. Esto es algo que ha definido magistralmente la investigadora mexicana García Acosta (2005). La percepción es una construcción colectiva articulada por un sistema social con unas ideas, manifestaciones y valores que cambian con el tiempo. Dicho de otra forma: una interpretación cultural de las nociones de riesgo y peligro. Baehrel (1951: 113-146) decía que las enfermedades eran proyecciones que conducían a unas cotas de miedo y angustia que, lejos de frenarlas, las extendían con mayor virulencia. Otro caso es el de Arrizabalaga Valbuena (1991: 114-117), quien habló de cómo se construyó la peste negra medieval y cómo evolucionó desde entonces la idea de contagio en las comunidades mediterráneas latinas. Recientemente García Álvarez-Busto (2020: 6-39) realizó un balance historiográfico de las respuestas sociales, económicas, políticas y mentales de las sociedades humanas a partir de la *Longue Durée*.

fuente hemerográfica más importante en este sentido<sup>7</sup>. Si bien todo papel periódico –como medio de comunicación– tiene la capacidad de coger unos datos y reformularlos para difundir su ideario, desde luego la mirada de la prensa no fue uniforme y dependió mucho de la cabecera. En nuestro caso vamos a centrarnos en la posición del *Mercurio Histórico y Político-Mercurio de España* (1738-1830) por cuatro motivos: 1. El *Mercurio* fue un periódico oficial ligado a los dictámenes de la Secretaría de Estado, por lo que su visión compartió un componente ideológico de gran interés<sup>8</sup>. 2. La cabecera posó su foco de atención en el Mediterráneo, carácter que adquirió de copiar los contenidos de su homólogo de La Haya<sup>9</sup>, y que reforzó desde 1762 con la estrategia de ventas dispuesta por el gerente Francisco Manuel de Mena<sup>10</sup>. 3. Estamos ante un terreno inexplorado que puede ayudar a trazar la cosmovisión que tenían las sociedades mediterráneas sobre sí mismas; a lo que se suma el poco conocimiento sobre el Imperio otomano<sup>11</sup>. 4. La fuente y la materia hacen que sea una línea de investigación innovadora dentro del área de Historia Moderna, y más en el contexto de postpandemia.

Nuestro principal objetivo es identificar los usos dicotómicos de las noticias de enfermedades en el Mediterráneo entre 1756-1799<sup>12</sup>, y ver cómo se integraron como parte de un discurso más amplio para proyectar una imagen de un modelo occidental caracterizado por el orden, la filantropía y el progreso; y uno oriental inestable, anárquico e imbuido en el fanatismo religioso. Para ello dividimos el estudio en dos bloques temáticos. Mediterráneo oriental: peste y creencias; peste e inestabilidad política; peste y conflictividad social; peste y coyunturas económicas; y peste y guerra. Mediterráneo occidental: cuarentenas, cordones sanitarios y progreso; e inoculación, filantropía y progreso. Por lo tanto, hemos vaciado, sistematizado y analizado los datos del *Mercurio*<sup>13</sup>, los que contraponemos y complementamos con los de otras fuentes periodísticas o archivísticas con el fin de reforzar nuestra argumentación.

7. La tesis doctoral de Durán Maseda (2004) recopiló todo su contenido médico, pero también expuso cómo estaba marcado por la orientación pragmática de la Ilustración y su dimensión cultural. Por otra parte, Alberola Romá (2015) subrayó la relación establecida entre clima y salud por medio de efemérides impresas como la de Fernández Navarrete.

8. Véase Enciso Recio (1957).

9. No sabemos por qué razón exactamente, pero lo intuimos por los vínculos comerciales que los holandeses tejieron en el Mediterráneo (Crespo Solana, 2000: 7-162).

10. La *Gaceta de Madrid* se encargó de la Europa continental y el *Mercurio* del Mediterráneo (Lozano Díaz y Berná Ortigosa, 2023: 223-252).

11. Parafraseando a Bunes Ibarra (2015: 9): «Es una de las asignaturas pendientes que aún quedan por saldar en el pensamiento histórico español de los últimos siglos».

12. La disimetría entre peste y otras enfermedades no recrea ninguna selección personal, ya que responde a los datos y a la mirada mediterránea del *Mercurio* –que no tuvo que ajustarse a la realidad– ante la grave gestión de las enfermedades.

13. Véase: Berná Ortigosa (2024: 30-43).

## 2. LA PRENSA PERIÓDICA DEL SIGLO XVIII: UNA REFLEXIÓN

La historiografía de la prensa dieciochesca española se consolidó gracias a unos/as investigadores/as que asentaron las bases conceptuales y metodológicas de esta línea de estudio. En los años cincuenta irrumpió Luis Miguel Enciso Recio (1957), quien, entre otros temas, analizó la estructura periodística y socioeconómica de la prensa oficial española. En 1973 Paul Guinard revolucionó el mundo académico con *La Presse espagnole de 1737 à 1791*<sup>14</sup>. Por otra parte, no olvidamos a María Dolores Sáiz García, Elisabel Larriba e Inmaculada Urzainqui Miqueleiz<sup>15</sup>. A la postre de otros que no tienen cabida aquí por motivos de espacio, debemos poner en valor revistas como *Cuadernos de Ilustración o Romanticismo* o *El Argonauta Español* por su vinculación con el periodismo moderno. Al igual que grupos de investigación como el de HicPan, enlazado al patrimonio periodístico andaluz. Nosotros creemos que el siguiente paso es profundizar en las estrategias editoriales, el circuito de la información y la noticia, pues la verdadera riqueza y complejidad de las formas periodísticas se ocultan en estos tres campos. En este caso nos detenemos en la novedad.

Una enfermedad podía convertirse rápidamente en un evento extraordinario que fracturara la cotidianeidad<sup>16</sup> de la sociedad. Ante esta circunstancia las autoridades destinaban recursos, personas o directrices con las que atajar el azote biológico. Los efectos no eran baladíos: paralización de las actividades productiva y bélica, migraciones forzadas, cuarentenas o suspensión del correo. Entonces las personas afectadas sacaban toda clase de remedios de su recetario popular, bagaje de las creencias de la época y de las experiencias colectivas. Las noticias periodísticas son el vestigio cultural de esa mirada. Así, la prensa se hizo eco de la tensión social, la violencia, el hambre, el miedo, la angustia, la muerte o el endeudamiento. Es muy común que las cabeceras insertaran cartas de lugares lejanos con las que satisfacer la sed informativa de sus lectores/as. Una de esas epístolas podría haber sido perfectamente la que escribió Juan de la Fuente Yepes, obispo de Nueva Segovia, sobre la epidemia de peste padecida en Pangasinán de Ilocos, Filipinas. El religioso, con fecha de 4 de julio de 1756, refirió el fallecimiento de 20.000 personas con una cruenta virulencia y rapidez; al igual que el cese de las labores de siembra y simientes<sup>17</sup>.

14. Guinard (1973) distinguió las cabeceras, temas y formas de la época.

15. Sáiz García (1990) discernió la historia, características y fases de la prensa del Setecientos; Larriba (2013) investigó las listas de suscriptores de los periódicos más relevantes de España; y Urzainqui Miqueleiz (2022) escribió sobre los horizontes de la prensa del siglo XVIII o la relación de las mujeres con el periodismo.

16. Según Franco Rubio (1998: 60-72) es la categoría vital por la que cada grupo social se rige y adapta a un conjunto de rutinas, en la medida en que su ruptura les causaba un trastorno.

17. AGI, 24, Filipinas, 293, n.º 76.

Los datos de la misiva fueron consustanciales al drama que describió el obispo. El relato mostró su impotencia y temor ante la tragedia de los hechos. Cuando un periódico cogía un material así podía hacer que pivotara hacia cualquier dirección. El sentido más lógico era el sensacionalista con tal de provocar una emoción en el/la lector/a y romper la monotonía de la lectura. Aunque no fue el único. Para nosotros la noticia es una construcción intelectual perfectamente calculada con unos esquemas estratégicamente diseñados destinada a un público que espera informarse, pero cuyos contenidos implícitos también moldean su percepción de la realidad. Aquí entran en juego variantes tales como la formulación de la oración, los adjetivos, los datos, la posición en el texto o los juicios parciales. Así, la novedad siempre poseía –y más en la prensa oficial– un sesgo ideológico que constituyó un alegato hegemónico. Es decir, esa carta podría emplearse de forma directamente proporcional para criticar o alabar la gestión de la epidemia, a partes iguales, pero el factor diferencial recaía en la decisión de la redacción. Por eso nosotros pensamos que el *Mercurio* usó las noticias de enfermedades para reforzar una mirada prestablecida y antagonica entre las civilizaciones cristiana y musulmana.

El periodismo es un medio de pensar que genera códigos, con ideas y creencias, a partir de los cuales un/a lector/a articula su día, su manera de pensar y su forma de ver el mundo. El contenido invisible de las noticias le dota de una opinión que hace de rasero para medir otras y, por lo tanto, desarrollar una identidad como sujeto informado. Así, la prensa es una ventana para entender cómo funcionaba la organización social. El *Mercurio* instrumentalizó políticamente unos acontecimientos para expresar una idea cultural dominante con la que retroalimentar la postura de la sociedad. Aunque es un tema escurridizo, nos permite reflexionar sobre esos significados otorgados en un contexto mediático. El éxito de la fórmula estaba en la sutileza de comunicar unos hechos que, aparentemente neutros, tenían una alta carga de influencia. De este modo, se creaba un espacio periodístico en el que todos podían identificarse a partes iguales y hacerse partícipes de sus opiniones. La intención del *Mercurio* era difundir una visión codificada –en un mensaje activo, sujeto a opinión– de un mundo unitario y sin escala de grises. Por lo tanto, la novedad periodística es la superposición de informaciones y sus percepciones de forma cohesionada, por lo que el estudio del periodismo presenta la dicotomía de distinguirlos en su versión definitiva.

La reflexión es que la lectura de un periódico no era –ni es– inocente. Las noticias estaban confeccionadas para llamar la atención del público y después persuadirlo y convencerlo del mensaje implícito. El formato fue –y es– muy relevante porque, si nos fijamos bien, usaban –y usan– técnicas de verificación: testimonios, datos objetivos, ubicaciones, citas o contrastación de las fuentes. Un procedimiento que servía –y sirve– para cargar de credibilidad a las informaciones. Más allá de que los datos sean reales o no, la clave está en que son imágenes proyectadas y ficcionadas que gozan de la capacidad de enseñar la naturaleza del mundo y el filtro –acertado– para reaccionar a lo que está dentro y fuera de esa noción.

Llegados a este punto nos preguntamos, ¿qué visión divulgó el *Mercurio* sobre las enfermedades en el Mediterráneo entre 1756-1799?

### 3. MEDITERRÁNEO OTOMANO

La peste es el factor más importante para la construcción del artículo de Constantinopla. Los redactores la usaron para catalizar la crisis crónica del Imperio otomano. El contagio aparecía puntual en los peores momentos, ya que las intrigas políticas, las coyunturas agrícolas, las revueltas o los enfrentamientos bélicos siempre acompañaron a esta enfermedad, que terminaba de fracturar la poca estabilidad del mundo musulmán. La peste se convirtió rápidamente en objeto de moda para los contemporáneos debido al grado de impacto que tenía en la vida común de las personas y sus actividades.

Por ejemplo, Benito Jerónimo Feijoo (1770: 290) se cuestionaba –en su carta XL– de dónde procedía. El beneditino argumentaba que había una gran ignorancia en cuanto a las causas de la enfermedad, puesto que algunos autores la achacaban al calor, el frío, el aire, la humedad o la sequedad, cuando estas condiciones ambientales imperaban en muchos países que no la padecían. Feijoo no supo discernir el origen de la peste, pero parece que eso era lo que menos le importaba. Él prefirió subrayar que las personas eran los vectores de transporte y contagio de la infección.

Por una parte, el *Diccionario de las Autoridades* la definió en 1737 como la «enfermedad contagiosa ordinariamente mortal, y que causa muchos estragos en las vidas de los hombres y de los brutos. Ocasiónase por lo común de la infección del aire, y suelen ser señal de ella unos bultos que llaman bubones o landres»<sup>18</sup>. Para el *Mercurio*, en realidad, era un producto fruto de la suciedad de los musulmanes, la insalubridad de sus ciudades y costumbres y la ignorancia de la ortodoxia mahometana, hechos que contrastaban claramente con Occidente. Esta misma posición fue la que mantuvo el *Diario de Madrid*. El tomo de 19 de septiembre de 1788 apuntó que

Solo los turcos fatalistas la desprecian, no poniendo precaución alguna contra la peste: ha muchos siglos que ven los destrozos de este azote, que en las naciones cristianas se evita o ataja; mas ellos, fanáticamente resignados, cierran los ojos al peligro, y aguardan tranquilos su destino<sup>19</sup>.

Por otra, la *Colección de papeles interesantes sobre las circunstancias presentes* puntualizó que, a pesar de ser un castigo divino, los cristianos estaban

18. *Diccionario de las Autoridades*, tomo V (1737).

19. Biblioteca Nacional de España, Hemeroteca Digital (en adelante: BNE, HD), *Diario de Madrid*, n.º 201, 19/07/1788, p. 794.

obligados a precaverse de ella. Un claro recado a los habitantes de la parte más oriental del Mediterráneo.

Las enfermedades, la peste, la opresión o la esclavitud, y otros males de pena que padecen los hombres, son sin duda dispuestas u ordenadas por Dios o en castigo de los males, o para ejercicio de los buenos, o por otros inapelables designios de su divina providencia: la resignación cristiana nos inspira mansedumbre y paciencia para sufrirlos; pero no impide que nos procuremos de ellos, antes al contrario, las más veces estamos obligados<sup>20</sup>.

Estas referencias compartieron el mismo punto de vista que el *Mercurio*. ¿Esta posición era una opinión mayoritaria? No lo sabemos, aunque podría serlo. Dicha pregunta requiere de la contrastación de otras muchas fuentes y de un trabajo aparte, pero es imprescindible responderla para ver si esta era la tendencia comunicativa preferida de la sociedad. En cualquier caso, a nosotros nos interesa la postura del *Mercurio*, donde sí que lo fue durante la segunda mitad del siglo XVIII.

### 3.1 Peste y creencias

El *Mercurio* utilizó la peste como un medio para manifestar un conjunto de ideas y valores relacionados con las creencias de los otomanos. Así, la enfermedad adquirió una carga cultural proyectada desde Occidente, en la que su presencia e impacto suponían un significado que trascendía lo estrictamente material. Para este apartado vamos a retrotraernos unos años atrás. En enero de 1739 la cabecera publicó una alegoría en la que la peste se asimilaba a la muerte y el hambre, dejándose claro que su capacidad de arrebatar vidas era superior a la de la guerra:

Algo distante de esta tienda se descubría un oscuro y grande sótano, lleno de muertos hasta arriba. La peste era la dueña, y, jactándose, se gloriaba de haber ganado más que el dios de la guerra con todas sus armas. Veíase, un poco lejos, en otra tienda, también distante, el hambre, que pesaba el pan contra el oro, obligando a amigos y enemigos a alguna que otra paz momentánea<sup>21</sup>.

En mayo de 1754 se comentó que, después de una racha de varios meses de epidemia, la enfermedad remitió. Para los otomanos la infección era la principal causa de que sus vidas y actividades cotidianas quedaran completamente paradas. Por lo tanto, la ausencia-presencia de la peste marcaba el ritmo vital de las poblaciones de la capital y de los lindes del Imperio. Sin embargo, el *Mercurio* compartió un juicio muy avanzado para su tiempo: no mataba la peste, sino la ignorancia. El periódico decía que el dogma de la predestinación cegaba a los mahometanos

20. BNE, HD, *Colección de papeles interesantes sobre las circunstancias presentes*, n.º 9, 1808, p. 270.

21. BNE, HD, *Mercurio Histórico y Político* (en adelante: *MHP*), XIII, 1-1739, p. 42.

como «origen de una infinidad de males», por lo que no se anticipaban a un nuevo brote y, en tal caso, solo esperaban a la llegada del invierno. En esta misma línea, la irrupción de los calores veraniegos se temía por el aumento de los estragos<sup>22</sup>. Por esta razón muchas veces se diferenciaba a los cristianos, griegos o judíos residentes de los musulmanes. Un ejemplo de este tipo lo encontramos, entre otros muchos, en septiembre de 1759. Los católicos de Esmirna, que se cuidaban del contagio, no contribuían «a la secta mahometana»<sup>23</sup>.

La peste promovió grandes daños en Constantinopla a mediados de marzo de 1765. La calamidad reinaba en todos los barrios de la ciudad, incluso en el de los ministros extranjeros. En la casa del embajador de Francia, después de los síntomas padecidos por mozos y cocheros, se encerraron. El *Mercurio* sentenció que la época dorada del Imperio otomano había pasado y que ahora imperaban la barbarie y la predilección hacia la tiranía. Sin héroes al cargo del Gobierno y con un sistema de conquista obsoleto, la política interna se reducía a evitar estallidos sociales<sup>24</sup>. En verano se dijo directamente que «el mahometismo apaga aquellos espíritus que mueven a los europeos a mirar por su libertad» y que «el pueblo es un animal muy feroz y peligroso cuando se desboca»<sup>25</sup>. Aquí queremos apuntar algo muy importante. Si nos fijamos bien todas las noticias otomanas se escribieron desde un prisma peyorativo, a diferencia de las del Mediterráneo occidental. La composición gramatical de las oraciones es muy nítida. Vamos a contraponer varios ejemplos: si en Constantinopla la peste lastraba el comercio, en los puertos italianos se hacían cierres para que la actividad mercantil continuara con cierta normalidad; si los movimientos de las tropas extendían el contagio por las fronteras otomanas, en las austriacas se instalaban cordones sanitarios para que no sucediera lo mismo; si el Gran Visir, sujeto a los arbitrios de las conspiraciones y de los descontentos populares, era incapaz de mantener el orden, alterado por el hambre y los impuestos, los Estados cristianos estimulaban nuevas técnicas, tecnologías o empleos con los que incentivar la riqueza.

Desde mayo de 1766 «atendemos a los sollozos y sobresaltos que excitan Turquía». El Imperio estaba sacudido por alborotos, incendios, revueltas y peste, lo que la redacción del *Mercurio* comparó con los últimos emperadores romanos. Para colmo se dio prueba de la inhumanidad de los otomanos con el naufragio de la fragata cristiana *La Modesta*, cuyos tripulantes murieron ahogados en los puertos argelinos por el tardío rescate<sup>26</sup>. El *Mercurio* de agosto de 1783 explicitó que «los turcos están atrasados». Si bien es cierto que se refería a la hora de luchar, moverse y acampar, todo artículo de Constantinopla era un indicio del retraso de

22. BNE, HD, *MHP*, CXII, 5-1754, pp. 4-8.

23. BNE, HD, *MHP*, CLXI, 9-1759, p. 104.

24. BNE, HD, *MHP*, CLXVIII, 5-1765, pp. 3-17.

25. BNE, HD, *MHP*, CLXVIII, 7-1765, p. 182.

26. BNE, HD, *MHP*, CLXXXI, 5-1766, p. 5; CLXXXII, 10-1766, p. 111; 11-1766, pp. 205-206; 12-1766, pp. 312-313.

la civilización otomana, en la medida en que deberían «asimilarse a lo europeo». En estos momentos la peste hacía mucho percance en las riberas septentrionales del mar Negro, incentivado por los preparativos para la próxima campaña contra Rusia<sup>27</sup>. La cabecera acusó a los ulemas en septiembre como los grandes responsables de las calamidades del Imperio al asociar la guerra con el dogma. Incluso, la peste llenó de muertos y moribundos las calles. En estas circunstancias los mahometanos, «imbuidos de su predeterminación absoluta, miran con indiferencia este espectáculo, sin tomar ningún remedio ni precaución contra el mal», y se burlaban del cuidado que tenían los cristianos de no tocar a los apestados<sup>28</sup>. El *Mercurio* fue mucho más directo en el tomo de octubre: el pueblo deseaba progresar, pero los ulemas y la propia religión lo impedían porque

El Islam nace en los desiertos de Arabia de gente que vagueaba por arenas [...]. Hacen consistir la perfección en un estado completamente opuesto al verdadero objeto de la sociedad. Mahoma había querido formar un pueblo exterminador o conquistador [...]. Al presente empiezan a brotar ideas más sanas; el Muftí fulmina; los imanes gimen; los *derwiches* declaman; pero el pueblo se va despojando poco a poco de su antigua barbarie<sup>29</sup>.

En mayo de 1785 se dijo que este problema era histórico, por lo que difícilmente se corregiría «una multitud de abusos introducidos desde largo tiempo»<sup>30</sup>. En verano la peste azotó Esmirna y las islas del Archipiélago –Grecia– como consecuencia de los rigores del calor. El periódico explicó la ignorancia de los musulmanes al culpar a este fenómeno término de las calamidades de la enfermedad. La principal razón que adujo fue la prohibición de la lectura entre los islámicos porque la escritura contravenía el dogma, pues la única interacción social válida era aquella emanada desde los poderes y la religión<sup>31</sup>. El ejemplo más recurrente fue el de la fiesta del Bayram o pascua turca. En diciembre se imprimió algo inédito hasta entonces. La Puerta intentó edificar frustradamente lazaretos en Esmirna, Morea, Pireo, Alejandría y las islas del Archipiélago. Además, cada uno de ellos contaría con un médico europeo y varias lavanderas; aparte de un régimen de quince días de incomunicación para las personas y de veinticinco para las mercancías. Pero este avance chocó con la ortodoxia mahometana<sup>32</sup>, por lo que no es de extrañar que meses después hablara de cómo la peste acarrearía el «espectáculo más triste y doloroso» ante un «populacho bárbaro y turbulento»<sup>33</sup>. Un tema que

27. BNE, HD, *MHP*, II, 8-1783, pp. 298-299.

28. BNE, HD, *MHP*, III, 9-1783, pp. 5-12.

29. BNE, HD, *MHP*, III, 10-1783, pp. 103-104.

30. BNE, HD, *Mercurio de España* (en adelante: *ME*), II, 5-1785, p. 3.

31. BNE, HD, *ME*, III, 10-1785, pp. 96-99.

32. BNE, HD, *ME*, III, 12-1785, pp. 309-310.

33. BNE, HD, *ME*, III, 9-1786, pp. 4 y 12.

se retomó con motivo del contagio de algunos soldados en febrero de 1796. La novedad sintetizó muy bien la trayectoria de la peste y las creencias:

Se había tratado de establecer una cuarentena, como en todos los países civilizados, pero los ulemas se han opuesto alegando el dogma de la predestinación. Se espera, sin embargo, que la firmeza del Gran Señor vencerá esta bárbara oposición<sup>34</sup>.

### 3.2. Peste e inestabilidad política

En abril de 1805 las *Efemérides de España* catalogaron la peste como «el mayor de los males que pueden sobrevenir a un reino» porque podía arruinar a una potencia de primer orden<sup>35</sup>. En el *Mercurio* esta idea se manifestó en casi todos los artículos de Constantinopla. La inestabilidad política se retroalimentaba con la enfermedad. La peste sacudió los arrabales de Pera y Galata o el Serrallo a finales de 1756, al tiempo que el Gran Tesorero del Imperio perdía su puesto y el pueblo exigía la destitución del Gran Visir por sus desfases e ineptitud<sup>36</sup>. En 1758 ocurrió lo mismo con el Aga de los jenízaros y el Tesorero. Por otra parte, la pomposa celebración del matrimonio del Gran Visir con una de las hermanas del Gran Señor no le granjeó precisamente la estima del pueblo, obligado a permanecer en la ciudad, diezmado por la peste y sin tomar precauciones frente a ella en un momento en el que todos los ministros extranjeros se retiraron al campo<sup>37</sup>.

Un brote de peste se reavivó en los últimos días del invierno de 1759, el cual mató a muchas personas. Sin embargo, el Gobierno no le prestó atención a esta realidad, pues sofocó la conspiración del jefe de los eunucos blancos<sup>38</sup>. El papel periódico testimonió otro inconveniente permanente en el interior del Imperio otomano a finales de 1760. A saber: el constante levantamiento de provincias como Junina, Damasco o Iconia<sup>39</sup>. El *Mercurio* demostró con estos contenidos una clara brecha entre los dos sectores más alejados de la sociedad, cada uno preocupado por sus intereses y supervivencia, con unas características muy desiguales entre sí. En el Mediterráneo occidental encontramos la imagen opuesta: unas autoridades volcadas al servicio del bienestar de los súbditos. Por ello toda oportunidad de magnificencia era aprovechada con creces para ocultar la verdadera cara del mundo otomano. Un caso significativo lo tenemos con la llegada el día 27 de julio de 1762 del barón Penckler, internuncio de la Corte de Viena, con regalos, desfiles y una gran ostentación. Pero la otra versión la representaron

34. BNE, HD, *ME*, I, 2-1796, pp. 77-78.

35. BNE, HD, *Efemérides de España*, n.º 38, 05/04/1805, pp. 20-24.

36. BNE, HD, *MHP*, CXLII, 11-1756, pp. 3-5.

37. BNE, HD, *MHP*, CLXII, 6-1758, pp. 3-8; CLXIII, 7-1758, pp. 3-4; CLXVII, 11-1758, p. 3.

38. BNE, HD, *MHP*, CLIX, 4-1759, pp. 289-291.

39. BNE, HD, *MHP*, CLXIV, 11-1760, pp. 212-215.

las ciudades de Alejandreta, Adana, Alepo, Brussa, Nissa y Belgrado que, junto a algunas barriadas de Constantinopla, estaban infestadas de peste<sup>40</sup>.

El periódico reconoció en marzo de 1764 la labor del Gran Visir Mustafá Baxa, gobernador de Alepo, al indicar que las ausencias de incendios y peste «se atribuye[n] a su cuidado». No obstante, la peste apareció con mucha virulencia en verano. En la capital la infección llegó hasta la casa del embajador de Francia, que se marchó al campo; y en Esmirna asoló el barrio de los armenios<sup>41</sup>. En 1765-1766 tenemos una acumulación de todas estas circunstancias con la revolución de Musun Oglow en Morea, las intrigas de los eunucos, la fiesta de Al-Maulid –cumpleaños de Mahoma–, la entrega de regalos a los jenízaros para mantenerlos contentos, la «ilusión» de los encuentros diplomáticos y la peste<sup>42</sup>. Inclusive, la inestabilidad política del Imperio se acrecentó por los muchos acontecimientos que sobrevinieron en el verano de 1767. La peste originó grandes perjuicios, «como un terrible azote», por todos los distritos de Constantinopla. Así, el Gran Señor y su familia se trasladaron al Serrallo, en plena coyuntura diplomática con Rusia<sup>43</sup>; y la guerra estalló en 1768 como consecuencia de las pretensiones comerciales de Rusia en el mar Negro y su deseo de controlar el sur de Ucrania.

El estado de la Puerta era caótico en plena liza. «La peste continúa sus terribles estragos en esta ciudad» y las autoridades, extranjeras o no, se alejaron al campo. Pero antes de ello estipularon la orden de que cada familia enterrase a sus muertos y, en caso de no quedar miembros, el vecino más próximo. El Diván, lejos de encargarse de esto, negoció con Viena, Petersburgo y Berlín porque el pueblo deseaba la paz ante la carestía general de víveres y la enorme inversión en el sistema de baterías del mar Negro<sup>44</sup>. El *Mercurio* polarizó todavía más a los dos planos sociales de Constantinopla con una sociedad lastrada a sobrevivir con todo tipo de penurias y males; y un Gobierno encargado de mantener las fronteras y el orden interno, sin conseguir ni lo uno ni lo otro, pues el conflicto prosiguió sin los resultados esperados durante los siguientes años, asunto que tratamos en el apartado de «peste y guerra».

La cabecera reconoció en abril de 1780 que «las leyes concernientes al buen orden y la tranquilidad pública empiezan a ser reconocidas y respetadas en esta capital». El *Mercurio* fue muy hábil en este momento porque mencionó que la peste suscitó auténticos horrores en el arrabal de Galata, donde los diplomáticos extranjeros se confinaron en sus casas. Así reconocía el desdén de las autoridades otomanas por el pueblo y su primacía por la conservación del poder. Para ello el Gran Visir conformó una policía secreta para perseguir a los malcontentos y

40. BNE, HD, *MHP*, CLXX, 9-1762, pp. 3-4; 10-1762, p. 113.

41. BNE, HD, *MHP*, CLXXIV, 3-1764, pp. 20-21; CLXXV, 8-1764, pp. 289-290.

42. BNE, HD, *MHP*, CLXXVII, 6-1765, pp. 97-106; CLXXIX, 10-1765, pp. 95-98; 11-1765, pp. 205-210; CLXXXI, 5-1766, pp. 3-5.

43. BNE, HD, *MHP*, CLXXXV, 9-1767, pp. 4-7; 10-1767, pp. 89-91.

44. BNE, HD, *MHP*, CCVI, 8-1771, p. 254; CCVII, 11-1771, pp. 271-276.

apresarlos antes de que interviniesen<sup>45</sup>. Pese a que la peste atacase asimétricamente a las poblaciones otomanas de todo el Imperio, la primera preocupación del Gran Visir en 1783 era mantener el orden de las provincias limítrofes<sup>46</sup>. El periódico imprimió el mismo discurso en el verano de 1784 y, en suma, prestó bastante atención a la ceremonia del matrimonio entre la Sultana y el Gran Señor, a pesar de que la peste transformara «en un desierto» ciudades como Esmirna –con 15.000 muertos semanales– y Constantinopla o las islas del Archipiélago. La demarcación de los límites fronterizos con Austria se posicionó como otro tema recurrente en este contexto<sup>47</sup>.

Rusia exigió la cesión completa de Crimea en 1785. Pero en el Imperio estaban satisfechos tras el regreso del Capitán Baxa por su expedición en el Archipiélago. Aunque parte de la tripulación tuviera peste, el militar entró con todos los honores en la capital. Esta es otra idea que debemos remarcar: la negativa de controlar la enfermedad hasta el punto de que convivir con gente infectada fue normal. El *Mercurio* reflexionó sobre por qué la inestabilidad política del Imperio otomano era una «verdad confirmada por la historia». La respuesta se basó en la ausencia de un poder fuerte en torno al soberano. Las fiestas del Ramadán y el Bayram no ocultaron la tensión que supuso el pacto entre rusos, austriacos y venecianos al abrir el Mediterráneo como un nuevo frente. Por lo tanto, la Puerta reforzó las fronteras, aunque la peste representara «el espectáculo más triste y doloroso» en 1786. La guerra estalló en 1787 por las pretensiones otomanas de recuperar los territorios cedidos en la anterior. La coyuntura llevó a que «en esta capital se guarda el más profundo silencio sobre los negocios políticos del Imperio»<sup>48</sup>.

Los siguientes tomos del *Mercurio* se volcaron prácticamente en cubrir la guerra y la conflictividad social. Después del conflicto se repitieron los mismos dramas hasta que en 1798 se dijo que «jamás se ha hallado el Imperio Otomano en una situación tan crítica como la presente». La inestabilidad política era latente por la rebelión de Passewan-Oglow, la invasión francesa de Egipto, las mudanzas de los ministerios, el descontento de los jenízaros, las revueltas provinciales, las insurrecciones griegas y la peste. Esto desencadenó que las autoridades solicitaran ayuda a Pablo I y se preguntaran «¿con qué pagaremos a la Rusia tantos servicios?». La indemnización era –previsiblemente– la Turquía europea<sup>49</sup>. Ante este problema –estructural– el periódico concluía:

45. BNE, HD, *ME*, I, 4-1780, p. 331; III, 10-1780, pp. 205-206.

46. BNE, HD, *ME*, I, 3-1783, pp. 183-186; 4-1783, pp. 279-282.

47. BNE, HD, *ME*, II, 6-1784, pp. 101-104; 7-1784, pp. 195-199; 8-1784, pp. 301-309; III, 10-1784, pp. 94-97.

48. BNE, HD, *ME*, I, 1-1785, pp. 29-32; III, 9-1785, pp. 3-7; 10-1785, pp. 97-101; 12-1785, pp. 301-302; III, 9-1786, p. 12; II, 8-1787, p. 261.

49. BNE, HD, *ME*, III, 11-1798, pp. 219-227; I, 1-1799, p. 11. Según Bunes Ibarra (2015: 193), significó la penetración del mundo europeo en Oriente como parte de un nuevo equilibrio en el tablero continental europeo.

La puerta que por su inconsideración se ha puesto a merced de sus mayores enemigos naturales, no tiene ya otro recurso que abandonarse ciegamente a los consejos de las tres poderosas potencias cristianas, con quienes hace causa común contra los franceses<sup>50</sup>.

### 3.3. Peste y coyunturas económicas

Las coyunturas económicas adoptaron muchas formas en el Imperio otomano. La carestía de víveres, la subida de los precios y la presión fiscal conformaron el triunvirato que más mermó a los grupos urbanos. La peste agudizó todos estos factores y contribuyó a empeorar otros. La escasez de mano de obra fue notoria en las producciones agrícola y manufacturera porque mucha gente, contaminada o muerta, no acudía a su trabajo. La enfermedad también impidió el normal funcionamiento de los mercados diarios ante la ausencia de personas y mercancías; y la circulación de la moneda se volvió residual, y más cuando su valor nominal era devaluado. Entonces la principal preocupación de los habitantes consistía en acceder a comestibles con los que subsistir, lo que muchas veces suponía toparse con los monopolizadores. La percepción del *Mercurio* presentó el desabastecimiento como una circunstancia habitual porque el mercado interior estaba muy mal articulado ante la falta de materias que intercambiar, comerciantes o infraestructuras; al igual que por la actividad de los saqueadores y la inestabilidad social de las provincias. El comercio con los Estados italianos era casi inexistente por la piratería berberisca, la cual tampoco reportaba alimentos. Por eso el Gobierno recurrió a expropiar la comida de los territorios más alejados de la capital, cuya consecuencia lógica eran los estallidos de subsistencia.

Constantinopla sufrió una profunda carestía en 1758 porque los cereales desaparecieron de los almacenes después del Ramadán y sus precios se dispararon. Esto provocó que el Gobierno embargara todos los navíos del mar Negro; como los cristianos en las costas esmirneas. Esta crisis coincidió con un brote de peste que encerró a los comerciantes en sus casas. La enfermedad diezmo a los arrabales de Pera y Galata, y en Esmirna morían diariamente ochenta personas<sup>51</sup>. Por otra parte, el *Mercurio* mostró las tretas de algunos comerciantes en 1759. Tenemos ejemplos de panaderos que despachaban panes por encima del peso estipulado, particulares que vendían café sin permiso o mercaderes extranjeros que escondían fardos para pagar menos derechos<sup>52</sup>; y el Aga ejecutó al Tesorero de los jenizaros por fabricar monedas falsas en el verano de 1761<sup>53</sup>. La cabecera reseñó en 1762 que el Imperio no podía funcionar por cuatro razones: muchos musulmanes se

50. BNE, HD, *ME*, II, 8-1799, p. 345.

51. BNE, HD, *MHP*, CLXIV, 8-1758, pp. 3-4; CLXV, 9-1758, pp. 3-4; CLXVIII, 12-1758, pp. 3-4.

52. BNE, HD, *MHP*, CLIX, 2-1759, pp. 100-101; CLXI, 10-1759, p. 102; 11-1759, pp. 202-203.

53. BNE, HD, *MHP*, CLXVI, 7-1761, pp. 197-198.

hacían pasar por extranjeros para no pagar el impuesto personal; la escasa recaudación de las provincias por las sediciones de los beyes; los abusos de los jenízaros con las poblaciones; y la peste<sup>54</sup>. También aparecieron referencias más específicas como la crisis sedera de Esmirna en 1766 o la laxitud de los rusos a la entrada de barcos europeos con víveres ante la hambruna general que padecían las provincias otomanas en 1771<sup>55</sup>.

Esta tesitura se cronificó para los habitantes del Imperio. La población se vio aliviada con la llegada de provisiones entre finales de 1772 y principios de 1773. Las cargas más importantes procedieron del Archipiélago y Asia Menor, con barcos que traían cincuenta mil quillotes de trigo. Sin embargo, la peste hacía «cada vez más estragos en esta capital, sin hallarse remedio que la palie»<sup>56</sup>. Además, la Puerta permaneció en guerra contra los rusos hasta 1774. La derrota otomana supuso una fase inédita en la historia del Imperio. La tensión política era notable en el Diván y las intrigas se sucedieron en la Corte del Gran Visir, mientras que el descontento entre los ministros y los jenízaros causaba problemas. Sin embargo, la posición del pueblo otomano se volvió desesperada en 1778-1780. Los mercaderes no fondeaban sus barcos porque el agua del mar Negro había bajado de nivel; Siria se hallaba asolada por el hambre; los mercados no contaban ni con la mitad del grano necesario para abastecer a la capital; la langosta devoró las viñas, granos y pastos; los precios se mantenían al alza por culpa de los monopolizadores; y la peste castigó severamente a los barrios más humildes<sup>57</sup>.

El Gran Visir se comprometió a organizar un gran mercado cruzado entre musulmanes y cristianos en el interior del Imperio, pues la guerra europea había encarecido los productos occidentales y quebrado el comercio inglés en 1780. La idea era establecer la libre navegación en el Mediterráneo, eliminar a los corsarios berberiscos, instalar factorías extranjeras y potenciar los contactos ingleses de Egipto con la India. Pero este proyecto se topó con la realidad. La escasez de carne y el aumento de los precios desataron un profundo malestar en la población. Por lo tanto, el Gran Visir reguló las ventas, hecho que enfureció a los comerciantes, que tampoco querían sacrificar a todos sus carneros. En suma, la moneda otomana perdió un 12 % de su valor por la poca circulación de metales preciosos que había a finales de año; y la virulencia de la peste se recrudeció por los calores estivales. Por ejemplo, la ciudad de Adriánópolis perdió a 80.000 habitantes<sup>58</sup>. Por otra parte, el 21

54. BNE, HD, *MHP*, CLXVIII, 2-1762, pp. 111-113; CLXX, 11-1762, pp. 226-227; 12-1762, pp. 335-336.

55. BNE, HD, *MHP*, CLXXXII, 12-1766, p. 312; CCVI, 8-1771, p. 249.

56. BNE, HD, *MHP*, III, 12-1772, pp. 284-285; II, 5-1773, p. 5.

57. BNE, HD, *MHP*, II, 7-1778, pp. 206-208; III, 9-1779, p. 5; 12-1779, pp. 336-339.

58. BNE, HD, *MHP*, I, 2-1780, pp. 131-139; II, 7-1780, pp. 233-238; 8-1780, pp. 338-341; I, 1-1781, pp. 25-26. Según Extremera Extremera (2020: 157-178), la unificación del mercado interior era uno de los grandes objetivos del Imperio otomano. La producción a pequeña escala, enfocada en la vida cotidiana, hacía que las manufacturas fueran generalmente baratas y de calidad.

de junio de 1783 se reconoció la libertad de comercio para las embarcaciones rusas en los dominios otomanos; al igual que un derecho al 3 % en todas las mercancías y el permiso para instalar casas de comercio. Esto trajo consigo dos problemas: el primero era que la Puerta ya no podía conceder privilegios a otras potencias; y el segundo que el mercado otomano se plegaba a los intereses rusos<sup>59</sup>.

Las condiciones del Imperio otomano no mejoraron en los siguientes años. El de 1786 terminó siendo límite por la revuelta del Bey de Egipto. Esta provincia era el núcleo del comercio otomano y estaba infestada de peste, como la de Siria<sup>60</sup>. El contagio continuaba en estas zonas en el verano de 1787 y «la agricultura se halla enteramente abandonada, y el pueblo no ve más alternativa que la de ser víctima de la peste o perecer de hambre»<sup>61</sup>. El periódico afirmó que el comercio estaba aniquilado en 1791, y que las provincias otomanas eran un desierto. Las ciudades de Esmirna, Salónica y El Cairo pasaron los mayores tormentos a causa del azote de la peste, el hambre y el bandolerismo en la caravana de La Meca<sup>62</sup>. Esto orientó a que el Gobierno otomano se planteara liberalizar el comercio de vino y aguardiente en 1792<sup>63</sup>. La cabecera dijo, en junio de 1795, que Constantinopla «presenta un triste aspecto con motivo de la extrema carestía de víveres que aflige a la ciudad y a las provincias cercanas». La carne era escasa y de mala calidad, el pan muy caro y la peste eliminó a los más desnutridos<sup>64</sup>. Finalmente, la invasión napoleónica aceleró el proceso de descomposición económica del Imperio otomano entre 1798-1801. El *Mercurio* mostró a una sociedad fracturada, anárquica, hambrienta y extremadamente violenta.

#### 3.4. Peste y conflictividad social

La conflictividad social en el Imperio otomano se dividió en varios tipos. El pueblo se amotinaba contra el poder –generalmente el Gran Visir– ante una coyuntura económica; los ministros eran objeto de conspiración cuando sus decisiones políticas o religiosas contravenían la tradición; la convivencia entre musulmanes, griegos, cristianos o cismáticos a veces era complicada y suscitaba peleas entre ellos; la volatilidad de los jenizaros era un problema frecuente y preocupante, puesto que estos militares se levantaban furiosamente –quemando la ciudad o saqueándola– cuando desde las altas instancias trataban de controlar su influencia;

59. BNE, HD, *MHP*, II, 8-1783, pp. 293-299. Bunes Ibarra (2015: 266) sostiene que el control de los derechos aduaneros de los puertos de cada gobernación era crucial para salvaguardar la hacienda otomana.

60. BNE, HD, *ME*, III, 11-1786, pp. 187-196.

61. BNE, HD, *ME*, II, 8-1787, p. 269.

62. BNE, HD, *ME*, II, 8-1791, pp. 278-281.

63. BNE, HD, *ME*, II, 8-1792, pp. 247-248.

64. BNE, HD, *ME*, II, 6-1795, p. 123.

y las rebeliones de los beyes sediciosos en las provincias otomanas también resultaron un serio problema. El *Mercurio* entendió que estos males eran inherentes a la composición y características de la Puerta. La peste fue la última variante que desestabilizó un modelo civilizatorio condenado al fracaso.

Los ánimos del pueblo estaban agitados en 1756, cuando los jenízaros fomentaron un motín que acabó con 25.000 casas incendiadas en la capital; momento en el que la peste seguía haciendo estragos. Tampoco fue de ayuda que el Gran Visir prohibiera a los griegos armenios vestir telas de precio moderado, consigna que se saltaron sistemáticamente<sup>65</sup>. Los musulmanes no mostraron ningún tipo de alegría por el cese del contagio en el verano de 1759, ya que volcaron sus frustraciones contra los matrimonios mixtos<sup>66</sup>. Los problemas se concentraron en las ciudades de Adrianópolis y El Cairo en 1768. En la primera las autoridades y los cristianos de San Antonio se enfrentaron por la construcción de varios templos; y en la segunda los súbditos se alzaron contra los recaudadores por el aumento de los impuestos. Sin embargo, nada se hizo en la capital, detenida por el efecto de la peste<sup>67</sup>. La siguiente noticia más destacada se imprimió años después, en octubre de 1769. Los habitantes de Constantinopla, en plena campaña contra los rusos, ola de calor, brote de peste, carestía e inflación, ajusticiaron al Gran Visir «por traidor al Imperio y a la Religión»<sup>68</sup>. Las penurias de la guerra llevaron a las tropas otomanas a saquear las casas de los extranjeros en el arrabal de Pera; al tiempo que los soldados de Macedonia se insubordinaron con tal de no ir al frente a finales de 1770<sup>69</sup>. En los tomos siguientes el *Mercurio* se concentró en los temas militares y económicos.

Por eso es necesario saltar hasta principios de 1780, cuando el Capitán Baxa reprimió varias revueltas griegas en Morea y Canea. Esta era la mayor preocupación de las altas esferas políticas en la capital, pero los residentes estaban inquietos por los rumores sobre los amagos de la peste en el arrabal de Galata. El colmo llegó en los días finales de la fiesta del Bayram cuando varias compañías de jenízaros se enfrentaron hasta la intervención del Aga. Además, el invierno fue menos riguroso y el azote no se extinguió<sup>70</sup>. La realidad del Imperio otomano se tensó todavía más en 1781. Las turbaciones de Egipto se recrudecieron tras la sedición del último Bey, a la postre de que la peste mató a 40.000 personas; los griegos cismáticos transmitieron una intolerancia contra los latinos; y parte de los

65. BNE, HD, *MHP*, CXL, 9-1756, pp. 3-5; CLI, 8-1757, pp. 3-5. Extremera Extremera (2020: 280) incidió en la importancia de estas disposiciones con las que se querían generar códigos de vestimenta que marcaran la condición y la función de las personas.

66. BNE, HD, *MHP*, CLXI, 11-1759, pp. 201-203.

67. BNE, HD, *MHP*, CLXV, 1-1761, pp. 6-7; CLXVII, 12-1761, p. 364.

68. BNE, HD, *MHP*, CCI, 10-1769, pp. 82-84.

69. BNE, HD, *MHP*, CCV, 3-1771, pp. 196-199.

70. BNE, HD, *MHP*, I, 4-1780, pp. 333-334; II, 5-1780, pp. 411 y 415; III, 12-1780, pp. 279-282.

vecinos de Morea se posicionaron en favor de los rusos<sup>71</sup>. El contagio de las sublevaciones estalló entonces entre los drusos, albaneses, montenegrinos y chipriotas. En suma, las provincias levantinas del Imperio sufrieron un brote de peste y una plaga de langostas<sup>72</sup>.

La cosa no iba mucho mejor en 1785: los piratas lesgieros –pueblo del monte Cáucaso– saquearon Georgia; muchos musulmanes abandonaron la fe en la Croacia húngara y austriaca; los caminos de la Romelia se convirtieron en una guarida de bandidos; y la peste arrasó el arrabal de Galata<sup>73</sup>. Aparte, el tomo de noviembre de 1786 anexó la expedición del Capitán Baxa, fechada el 14 de agosto, contra los beyes refractarios de Egipto. Por otra parte, los gobernadores de Albania y Dalmacia se rebelaron contra la capital –donde reinaba la peste– y ordenaron a las tropas rapiñar a las poblaciones<sup>74</sup>. De otro lado, el asunto de los beyes sediciosos de Egipto prosiguió en 1787. El tomo de junio confirmó que estos fueron derrotados definitivamente en la villa de Girgi, lo que desmintió el de agosto, diciendo que el Capitán Baxa luchó contra ellos otra vez en Alejandría<sup>75</sup>. Empero, la guerra lo empeoró todo en el verano de 1788, cuando Constantinopla albergó 60.000 tropas indisciplinadas que saquearon la ciudad durante meses. Incluso, la peste desoló la capital y las provincias de alrededor; y una familia entera de artesanos franceses falleció en el arrabal de Pera, ya que «este azote parece que descarga este año mucho más sobre los extranjeros que sobre los turcos»<sup>76</sup>.

Las negociaciones de paz entre Rusia y la Puerta se rompieron en la primavera de 1791. Esto provocó que los habitantes de Constantinopla, cansados de la guerra, desvalijaran e incendiaran la ciudad. El estado del Imperio otomano era grave. Los Baxas de Diarbeck, Damasco, Acre y Alepo se amotinaron contra la Puerta; encima la tensión alcanzó tal punto que el Gran Señor prohibió que los musulmanes insultaran a los cristianos, lo que ocasionó la sublevación de los jenizaros en algunas ciudades como Belgrado; y la peste arrasó las de Morea, El Cairo, Esmirna, Salónica y Constantinopla. El contagio se achacó a la constante violencia que se vivía en las calles otomanas<sup>77</sup>. El *Mercurio* corroboró que los tumultos eran una prueba manifiesta de la debilidad de la Corte mahometana. Por ejemplo, las provincias asiáticas se alzaron también en 1793; y las últimas cartas de Egipto hacían «un retrato de los más lúgubres» por la presencia de la peste, donde murieron 6000 personas y 1/5 del total de la capital. Además, «el Nilo no ha hecho su inundación regular y no hay esperanza de ninguna cosecha», algo que contrastaba con la prosperidad del Imperio romano<sup>78</sup>. Los Baxas

71. BNE, HD, *MHP*, III, 10-1781, pp. 117-122.

72. BNE, HD, *ME*, II, 8-1784, pp. 301-309.

73. BNE, HD, *ME*, I, 1-1785, pp. 29-36; 3-1785, pp. 184-185.

74. BNE, HD, *ME*, III, 11-1786, pp. 183-190; 12-1786, pp. 293-301.

75. BNE, HD, *ME*, II, 6-1787, pp. 89-91; 8-1787, pp. 262-263.

76. BNE, HD, *ME*, II, 7-1788, pp. 167-172.

77. BNE, HD, *ME*, II, 8-1791, pp. 276-281; III, 9-1791, pp. 5-6; 12-1791, pp. 291-294.

78. BNE, HD, *ME*, I, 3-1792, pp. 181-183.

de Scutari o Belgrado se sublevaron entre 1793-1797, cuando surgieron cuadrillas en el interior de las provincias y la peste reinaba desde Constantinopla hasta Serbia<sup>79</sup>.

Sin embargo, el rebelde Passewan-Oglo –que viajó desde Alejandría hasta el Danubio– y Napoleón Bonaparte –que invadió Egipto– marcaron un punto de no retorno en el Imperio otomano. El siglo XIX concentró todos estos tipos de conflictividad en una violencia extrema. Así, el Gobierno otomano fue incapaz de detener los progresos de la peste y mucho menos de «socorrer a los infelices contagiados»<sup>80</sup>.

### 3.5. Peste y guerra

El Imperio otomano sufrió dos conflictos bélicos contra Rusia y Austria en la segunda mitad del siglo XVIII. La primera guerra, entre 1768-1774, se inició por los deseos expansionistas de Rusia en el mar Negro. La segunda, durante 1787-1792, fue un intento frustrado de los otomanos por recuperar los territorios perdidos. Esto se convirtió en el último factor de una civilización que parecía al borde del colapso; y donde la peste siguió siendo ese agente biológico que erosionó lentamente las estructuras de Constantinopla.

El *Mercurio* realizó un seguimiento bastante concienzudo de la lucha desde las tensiones iniciales, fechadas en 1764. La contienda consistió al principio en un intercambio de golpes favorables al estandarte de la media luna. El grueso de las operaciones empezó en el otoño de 1769, cuando los rusos se lanzaron a la conquista de Ochákov, una fortaleza ubicada estratégicamente en la desembocadura del río Dniéper, al sur de Ucrania. La lid se pausó por la incidencia de la peste y la rigurosidad del invierno. La siguiente empresa se preparó en la primavera de 1770, momento en el que el calor regresó acompañado de la peste. Los otomanos se centraron en defender la frontera del Danubio y restablecer el control de Morea, donde los rusos instigaron una revuelta griega<sup>81</sup>.

El primer punto de no retorno llegó con la derrota naval de Çeşme, en julio. Los rusos avanzaron posiciones y los turcos resistieron en Valaquia durante 1771. Sin embargo, los primeros penetraron por Crimea y hostigaron a las islas griegas. Aunque la guerra se estancó sin más acciones decisivas después del verano, la suerte estaba echada para los otomanos porque los rusos tenían acceso al mar Negro en Sebastopol o Yalta, desde donde podían navegar hasta Constantinopla, en la otra orilla. El caos se desencadenó en la capital otomana, interrumpida por

79. BNE, HD, *ME*, I, 2-1794, pp. 172-174; I, 4-1795, p. 328; I, 2-1798, pp. 92-95.

80. BNE, HD, *ME*, I, 4-1798, pp. 291-295; II, 5-1798, pp. 3-8; I, 1-1799, pp. 3-11.

81. BNE, HD, *MHP*, CCI, 11-1769, pp. 165-167; CCIII, 5-1770, pp. 3-5.

la peste, y con el Diván obcecado en preparar un ilusorio sistema de baterías para defender el mar Negro<sup>82</sup>.

La realidad se impuso al final y los osmanlíes se vieron abocados a unas negociaciones muy desiguales. El Congreso de Fockzani se abrió en verano de 1772, pero la paz se demoró dos años más porque los turcos no cedían ante las exigencias compensatorias de los rusos. Las conversaciones se rompieron en Bucarest y los musulmanes iniciaron una maniobra en el Danubio. No obstante, los moscovitas dieron el golpe definitivo sobre el mar Negro y Dardanelos. Además, la peste «destruyó» en este tiempo las ciudades del Imperio, en concreto, la de Bagdad, donde 240.000 muertos sembraron los campos y se amontonaron en las casas. La paz se firmó el 21 de julio de 1774 y el Imperio otomano reconoció la victoria rusa con la concesión de Moldavia y Valaquia, fijándose la frontera en el río Dniéper. En suma, Catalina II accedió comercialmente al mar Negro y Crimea se transformó en una península independiente<sup>83</sup>.

El origen de la siguiente guerra se fraguó paulatinamente desde entonces. El sentimiento de revanchismo se reavivó enseguida con la concentración de tropas y suministros en las fronteras por parte de ambas potencias. Los contactos diplomáticos se sucedieron en un juego de tensión-distensión política, pues la península de Crimea se hallaba en una guerra civil y se rumoreaba que los rusos iban a anexionársela, proceso que se completó en la primavera de 1783. El *Mercurio* declaró que no se sabía si iba a haber guerra, pero sostuvo que los otomanos se defenderían con tal de no perder más territorios, y les desaconsejaba una pelea abierta por su «falta de disciplina y absoluta ignorancia de la táctica militar»<sup>84</sup>. Esta presión persistió hasta el verano de 1787, cuando Catalina II estableció un protectorado en Georgia y envió un cónsul ruso a Egipto<sup>85</sup>.

Las expediciones otomanas –mal preparadas y peor ejecutadas– se concentraron en Serbia, Transilvania, Georgia, Moldavia y el sur de Ucrania. Las derrotas retrataron a los turcos, quienes se atrincheraron en Valaquia, Bulgaria y Bosnia. El sistema de baterías del mar Negro salió en el peor momento, cuando la armada otomana fracasó estrepitosamente. Los rusos también desbarataron el frente del Danubio, lo que obligó al repliegue de los musulmanes. Para no hablar de la derrota «se han cerrado todas las hostelerías, y se ha prohibido con pena de muerte juntarse en las calles o plazas de la capital». El 21 de mayo de 1791 se inició el Congreso de Szestove y las cortes de España, Nápoles y Francia se postularon como mediadoras. El 9 de agosto se firmó un armisticio que colmó los deseos de

82. BNE, HD, *MHP*, CCIV, 10-1770, pp. 89-90; CCVI, 8-1771, pp. 245-250; CCVII, 9-1771, pp. 3-6; 10-1771, pp. 91-92.

83. BNE, HD, *MHP*, III, 9-1772, pp. 3-6; 10-1772, pp. 103-110; II, 5-1773, pp. 3-9; III, 12-1773, pp. 255-259; II, 5-1775, pp. 3-8.

84. BNE, HD, *MHP*, III, 10-1783, pp. 97-103.

85. BNE, HD, *ME*, III, 9-1787, pp. 3-11. La clave, como dice Extremera Extremera (2020: 60), estaba en el deseo de Rusia y Austria de repartirse los Balcanes para equilibrar el tablero europeo.

paz del pueblo. El tratado definitivo se rubricó el 9 de enero de 1792 y en él se reconocía la soberanía rusa sobre Crimea y Georgia<sup>86</sup>.

El *Mercurio* destacó la supremacía bélica occidental sobre el Imperio otomano. La debilidad estructural del alto mando militar turco era palpable a la hora de organizar y ejecutar las campañas. Las tropas siempre estaban mal abastecidas y pertrechadas, a la postre de ser indisciplinadas y no saber contrarrestar el modelo bélico europeo. La sensación era de absoluta inferioridad. Por eso la peste se concibió como el verdadero enemigo de las fuerzas cristianas en la guerra. La movilidad de las tropas y el intercambio de prisioneros se posicionaron como los principales vectores de contagio, ya que la peste fue la que les impidió avanzar por el interior de las provincias otomanas, obligándoles a replegarse a la retaguardia. Así, la frontera del Danubio marcaba la línea imaginaria entre dos modelos civilizatorios. El desgaste de este agente biológico fue terrible para los occidentales, pues el número de enfermos ascendió hasta cuatrocientos por cada batallón vienes apostado en el río. El conflicto se saldó con 130.000 bajas austriacas y 200.000 rusas y el periódico responsabilizó a la peste como la principal instigadora, tanto por las muertes directas como por debilitar a los soldados que luego morían en el frente. Las tropas de Catalina II ganaron porque tenían una dilatada experiencia de combate en estas tierras, sabían cómo organizarse y, ante todo, atacaron a los puntos flacos del Imperio otomano. No obstante, el *Mercurio* perfiló una realidad que se cumplió el 21 de mayo de 1799, cuando Napoleón Bonaparte levantó el sitio de San Juan de Acre por la cantidad de heridos y apestados que había en su ejército, incapaz de continuar con la conquista. Es decir, la naturaleza venció al sistema occidental de guerra en suelo otomano<sup>87</sup>.

#### 4. MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL

El escenario de las enfermedades en el Mediterráneo occidental contrastó frontalmente con el sector otomano. El periódico lo diseñó como una oportunidad aprovechada por los Estados europeos para favorecer el progreso humano. Los avances de la medicina traerían la mejora de la salud de las personas y la razón se entendía como el mejor instrumento para controlarlas y erradicarlas. Por ello las noticias de estos artículos plasmaron la predisposición filantrópica de las autoridades por el bien común, en especial para proteger la agricultura y el comercio, entendidos como las actividades de subsistencia de la sociedad. La peste vendría a ser el reflujo que llegaría desde el otro lado del mar, que ya no solo testimoniaba la presencia de dos modelos civilizatorios en las potencias cristiana y musulmana, sino que también manifestaba la preeminencia del primero sobre el segundo. Las

86. BNE, HD, *ME*, II, 5-1788, pp. 3-22; III, 9-1788, pp. 3-8; III, 10-1789, pp. 103-108 y 132-133; I, 2-1791, pp. 83-91; II, 8-1791, pp. 275-280; III, 9-1791, pp. 3-5 y 42; I, 3-1792, pp. 179-180.

87. *Ibidem*. BNE, HD, *ME*, III, 9-1799, pp. 3-4.

novedades del *Mercurio* resumaron un aura de progreso socioeconómico imparable en una imagen que no era idílica, pero que sí estaba idealizada, y que se adscribió a esa mirada de resolución de problemas de los Estados del Antiguo Régimen. Así, la decadencia de las tradiciones y la desidia de los poderes otomanos se oponían con el uso de cuarentenas y cordones sanitarios o la inoculación de las viruelas. La lectura de esta sección del periódico terminaba de perfilar la superioridad cultural de Occidente.

Esta misma idea de control la encontramos en la *Medicina doméstica* de Jorge Buchan, quien sostenía que lo más relevante era evitar el contacto con los enfermos. Por eso pedía mucha atención en la actividad comercial, donde él consideraba que el mal era más peligroso, esencialmente por el contrabando y la negligencia de los magistrados. En su opinión todo puerto –ventilado y sin porquerías– debería tener un médico autorizado que interviniera en las inspecciones, al igual que un espacio de cuarentena y desinfección. La idea de que la peste no residía ni en el aire ni en la atmósfera se difundió poco a poco, ya que procedería de una materia mortífera que se pegaba entre las personas<sup>88</sup>. Por tanto, algunos periódicos pidieron que las personas enfermas que contagiasen fueran juzgadas por atentar contra la sociedad<sup>89</sup>. Este discurso señaló la responsabilidad del ser humano como parte de la *res publica*, lo que implicaba una actitud correcta en época de epidemia: no visitar a los enfermos, desinfectar todo aquello que procediese de la calle o guardar confinamiento. Algo que contrastaba con la vida del Imperio otomano, donde no se tenía ningún tipo de cuidado. Por lo tanto, el desastre o los mecanismos de resistencia-resiliencia se focalizaron en la acción de las personas que construían el riesgo y las vulnerabilidades del entorno.

Sin embargo, las viruelas –y no la peste– fueron el principal enemigo biológico de las sociedades del Mediterráneo occidental<sup>90</sup>. Este asunto cobró un gran eco periodístico por la polémica en torno a los efectos de la inoculación<sup>91</sup>. Detrás de este debate se escondió toda una campaña propagandística emanada por el Estado para que la gente se sometiera a la operación con la firme creencia de que

88. BNE, HD, *Semanario de Zaragoza*, n.º 223, 04/11/1800, p. 669.

89. BNE, HD, *Correo de Sevilla*, n.º 123, 01/12/1804, p. 141.

90. Buchan (1786: 208-215) nos dice que era la enfermedad más general entre los niños europeos. Por eso la inoculación no podía reservarse a unos pocos y debía formarse a un grupo de operarios para tal tarea. El doctor remarcó el papel de la Iglesia en este proceso por su influencia en el pueblo, pero indicó que antes tenía que superar sus objeciones religiosas, las mismas que imperaban entre los más desfavorecidos. Por otra parte, el médico suizo Tissot (1773: 15-21 y 100-112) añadió el hándicap de las deficiencias alimenticias y de las casas de materiales perecederos perjudicadas por los contrastes térmicos.

91. Encontramos un gran ejemplo de esta realidad en la tesis doctoral de Duro Torrijos (2014). El Protomedicato la rechazó en un primer momento, pero fomentó su práctica en las ciudades y pueblos de España desde 1762. Este tema supuso la renovación de las ciencias médicas por medio de la prensa, espacio que trajo un alud de escritos –hasta 426 referencias– a favor o en contra de la inoculación.

eso mejoraría la salud de las personas y la hacienda del país<sup>92</sup>. De esta manera, el *Mercurio* se ubicó como un portavoz del progreso y de los beneficios de la inoculación de las viruelas como paradigma para ejemplificar la filantropía del Estado y su capacidad para mantener la armonía social. El periódico oficial no incluyó ningún tipo de controversia en sus páginas, pero otros papeles precisaron que la intervención tenía que realizarse por facultativos especializados, de lo contrario podía estallar un brote de viruela entre los inoculados<sup>93</sup>; y otros se opusieron directamente a ella. D. J. J. N. escribió en el *Semanario de Zaragoza* que la inoculación propagaba de forma «artificial» la infección, por lo que la tildaba de «invención de bárbaros que rebasaba los límites de la naturaleza»<sup>94</sup>. No obstante, la labor de la Corte de Madrid consistió en «propagar los medios que pueden contribuir al bien de la humanidad»<sup>95</sup>. Así, el *Mercurio* fue el instrumento político que fomentó unas prácticas e ideas que contrastaron con la imagen del Imperio otomano.

#### 4.1. Cuarentenas, cordones sanitarios y progreso

La idea de control prevaleció en todas las novedades del Mediterráneo occidental como la seña de identidad por la que se distinguían a sus Estados, encargados de favorecer las actividades agrícola y comercial. Las enfermedades poseían la facilidad de romper el discurrir cotidiano, razón por la que había que detenerlas con cuarentenas y cordones sanitarios. El comercio se coronó como el medio de contagio por excelencia gracias a los barcos que procedían o regresaban de los puertos otomanos, por lo que la entrega de certificados de sanidad y el paso por los lazaretos eran habituales en este contexto. De este modo, las autoridades siempre actuaban en proporción a la gravedad de la epidemia, exigiendo el riguroso cumplimiento de la ley. Un caso muy común residió en el envío de tropas a las fronteras –generalmente el Danubio en los Balcanes– para impedir el paso de emigrantes o mercancías. El objetivo del *Mercurio* era proyectar la imagen de una mejora perenne en las condiciones sociosanitarias de las urbes gracias a la labor de los gobernantes, lo que permitía el bienestar de sus habitantes.

El magistrado de Sanidad de Nápoles instauró un bloqueo para los barcos que arribaran de Albania en 1756<sup>96</sup>. Lo mismo ocurrió con todo el Levante en la

92. Campomanes (1774) expresó la misma idea en el capítulo VIII de su *Discurso sobre el fomento de la industria popular*.

93. BNE, HD, *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los párrocos*, n.º 31, 03/08/1797, pp. 58-67; n.º 196, 02/10/1800, p. 224. BNE, HD, *Correo Mercantil de España y sus Indias*, n.º 47, 11/06/1801, p. 370. BNE, HD, *Minerva ó El Revisor General*, n.º 7-9, 1806, pp. 141-143.

94. BNE, HD, *Semanario de Zaragoza*, n.º 188, 27/02/1800, pp. 117-118; n.º 189, 06/03/1800, pp. 129-132.

95. BNE, HD, *Memorial Literario o Biblioteca Periódica de Ciencias, Literatura y Artes*, n.º 17, 1802, p. 288.

96. BNE, HD, *MHP*, CXXXII, 4-1756, p. 24; CXXXIV, 10-1756, p. 11.

primavera de 1759. Una de las zonas que más se restringió era El Cairo, donde la peste mataba a mucha gente<sup>97</sup>. De otro lado, una enfermedad epidémica afligió a Nápoles y Sicilia desde el verano de 1764, lo que dio lugar a que todos los puertos italianos cerraran sus muelles a este reino. La situación volvió a la normalidad cuando los médicos napolitanos descubrieron un antídoto en forma de bálsamo. Sin embargo, el soberano mantuvo la prohibición de meter harinas extranjeras para incentivar la producción doméstica<sup>98</sup>. Además, el comercio mediterráneo se limitó con las costas norteafricanas, donde había un fuerte brote de peste en la primavera de 1768<sup>99</sup>. El Gobierno vienés se unió a estas medidas, dos años después, fijando un cordón de soldados en los pasos de Transilvania por el flujo de infectados procedentes de Polodia, Volhinia, Silesia y Ucrania. En suma, la Corona financió los experimentos de un profesor de medicina para que las cuarentenas contaran con remedios que purificasen la masa sanguínea de los confinados<sup>100</sup>.

El Imperio otomano sufrió una de las epidemias de peste más graves de su historia entre 1775-1783, lo que tuvo efectos directos sobre el comercio italiano, pues el cierre del mercado levantino provocó una crisis cerealística en Roma y Nápoles en 1778. La capital eclesiástica compró trigo por valor de 250.000 escudos en las provincias de alrededor. En cambio, la Junta de Sanidad napolitana clausuró los contactos con Dalmacia; y el Gobierno compró grano a Gran Bretaña y peleó para que el trigo del norte de Italia saliera por los puertos meridionales. Venecia se convirtió en el Estado más mermado por la enfermedad y las restricciones económicas. El contexto era idéntico en la primavera de 1779, aunque los problemas siempre tenían solución en este lado del Mediterráneo. Por eso el monarca napolitano fomentó la lucha contra los corsarios berberiscos y liberalizó el arrendamiento del tabaco; Liorna intensificó el comercio con las ciudades bálticas en 1780; y la administración de Trieste mandó construir treinta embarcaciones para abrir un nuevo mercado en el Adriático austriaco<sup>101</sup>.

La celebración de la feria de Senigallia fue motivo de disputa en la congregación romana. El 20 de mayo de 1784 el papa decretó su suspensión por haberse verificado una enfermedad contagiosa en Dalmacia. El cardenal Antonelli protestó contra este dictamen por querer participar en ella, pero la decisión fue firme, a pesar del «perjuicio notable» que sufriría el comercio italiano. Incluso, las ciudades de Ancona, Urbino, Ascoli y Fermo formaron un cordón marítimo con permiso para abrir fuego a las embarcaciones sospechosas, mientras que en el resto de los puertos se guardaba una cuarentena escrupulosa. Aparte, la vigilancia de las costas genovesas era igual de celosa por el día que por la noche, prohibiendo la

97. BNE, HD, *MHP*, CLXI, 8-1759, p. 255; CLXV, 1-1761, p. 29.

98. BNE, HD, *MHP*, CLXXVI, 10-1764, pp. 102-103; 11-1764, p. 197.

99. BNE, HD, *MHP*, CLVII, 7-1768, p. 205.

100. BNE, HD, *MHP*, CCIV, 10-1770, pp. 141 y 155; CCV, 3-1771, p. 250.

101. BNE, HD, *MHP*, III, 10-1778, pp. 113-114; 11-1778, p. 221; II, 7-1779, pp. 225-226; I, 4-1780, p. 339; I, 5-1781, p. 121.

entrada de cualquier bastimento levantino que no contara con patente de sanidad. Las noticias del *Mercurio* asumían implícitamente el ideario de gestión italiano en la medida en que era mejor soportar los padecimientos económicos ante la contingencia de la enfermedad que el hundimiento que supondría la entrada de la epidemia, negando los argumentos de aquellos que defendían la libertad de comercio<sup>102</sup>.

El periódico concretó que Venecia estableció un confinamiento para los navíos procedentes de las costas croatas en el verano de 1785. Al año siguiente el embajador de esta república pidió en Viena el restablecimiento del lazareto de Semlim «por las relaciones de comercio que hay entre Hungría y los puertos austriacos del golfo adriático». No obstante, el emperador rehusó restituirlo por beneficio del comercio, por lo que el diplomático emitió una queja ante el peligro de contagio. Por esta razón el Gobierno veneciano potenció el comercio con Rusia en el mar Negro e impuso el pago del diezmo y de los bienes territoriales atrasados a las familias patricias. En el artículo de Florencia de mayo de 1786 se dijo que la peste penetró en Trípoli por «la falta de precauciones necesarias en el registro y admisión de buques de países extranjeros»; y además se informó de la salida del general Emo contra los corsarios berberiscos. La Corte de Madrid también tomó estas precauciones con el lazareto de Mahón en la isla de Menorca, destinado a proteger a la península de la peste levantina por medio de procesos de cuarentena y cartas de sanidad certificadas por los cónsules españoles<sup>103</sup>. Estas medidas prosiguieron en Italia a mediados de 1787, por lo que Liorna rebajó las mercancías en un 3 % para estimular el comercio<sup>104</sup>.

El papa lo favoreció en 1788 al permitir que las embarcaciones austriacas hicieran la cuarentena en Goro, y no en Ancona, con tal de que el viaje les resultara más barato y, así, vinieran más a menudo a comerciar. Incluso, Nápoles la impuso a los navíos diplomáticos de las regencias berberiscas como fue el caso de Sidi Mahmud, enviado de Trípoli, que traía caballos, camellos, dromedarios, simios, gatos monteses y avestruces para regalárselos al rey. Las precauciones se redoblaron en los puertos italianos con el estallido de la guerra entre austriacos, rusos y otomanos. Todos los muelles continuaron con las comunicaciones desde 1790, y la cautela se extremó en aquellos más próximos a las zonas contagiadas. Un ejemplo fue Venecia con las costas balcánicas y las islas griegas; o el cordón austriaco para evitar el tránsito desde las fronteras serbias en 1796<sup>105</sup>.

102. BNE, HD, *ME*, II, 7-1784, pp. 202-203; 8-1784, pp. 319-320.

103. La empresa del lazareto de Mahón fue un proyecto en revisión durante este periodo, de tal forma que no estuvo operativo plenamente hasta 1817 (Vidal Hernández, 2002: 15-40), lo que refuerza nuestra tesis de una imagen occidental falseada por el *Mercurio*.

104. BNE, HD, *ME*, II, 8-1785, pp. 310-311; I, 1-1786, pp. 50-51; II, 5-1786, p. 22; I, 1-1787, pp. 47-48; 4-1787, pp. 356-357; II, 5-1787, p. 58; III, 9-1787, p. 16.

105. BNE, HD, *ME*, III, 10-1788, p. 91; III, 9-1789, p. 15; II, 7-1791, pp. 177-178; I, 4-1796, p. 389.

El Mediterráneo occidental mantuvo un complejo equilibrio entre los intereses mercantiles y sanitarios para comerciar con el Imperio otomano. A veces esta relación asimétrica traía medidas con las que activar el mercado interior de algunos puertos italianos, pero la sensación era de una insuficiencia por las expectativas que generaban las riquezas orientales. La invasión francesa de Egipto auguró la oportunidad para acceder definitivamente a las materias, rutas y ferias de Oriente Medio. Ahora bien, el presumible nuevo contexto abría el hándicap de la coexistencia con la peste. Por eso la información de Mr. Balderín, cónsul francés de Alejandría, se situó como una tendencia periodística. La noticia procedía de la *Gazette de France* y se copió en el *Mercurio*, la *Gaceta de Madrid*, el *Semanario de Agricultura*, el *Correo Mercantil*, el *Correo Periódico de Valencia*, el *Semanario de Zaragoza* o la *Gazeta de Lisboa*. El contenido hablaba del aceite de oliva como un preservativo eficaz contra la peste. El diplomático francés sostenía que los obreros de los molinos aceiteros no contraían la enfermedad porque sus cuerpos siempre estaban cubiertos de dicha sustancia. Sin embargo, esta esperanza frustrada abocó en una historia cíclica de complicados intercambios comerciales entre Mediterráneo occidental y oriental<sup>106</sup>.

#### 4.2 Inoculación, filantropía y progreso

La inoculación fue otra manifestación expresada por el periódico para hablar del orden, la filantropía y el progreso de los Estados del Mediterráneo occidental. El *Mercurio* aspiró a normalizar esta práctica como algo bueno para las personas comunes y por ello manejó varias estrategias con las que concienciar a los/as lectores/as. El discurso evidenció la peligrosidad de las viruelas para después certificar el criterio médico de los beneficios de la inoculación, al que se acogían los miembros de la alta sociedad. Toda una campaña de *marketing* apoyada en exhibiciones con las que validar la seguridad del procedimiento y movilizar a los estratos más reacios y supersticiosos.

La primera noticia apareció en noviembre de 1754. Las viruelas mataron a 6000 personas en Roma desde junio; y en París provocaron la muerte de otras 3500 entre agosto y octubre de 1755. El asunto se volvió mediático a partir de 1764, especialmente porque la capital parisina se consolidó como el mayor foco epidémico de viruela, lo que condujo a que el presidente del Tribunal de París y el recaudador general de la Real Hacienda inocularan a sus familiares. Por esta razón, la Facultad

106. Bibliothèque Nationale de France, Gallica, *Gazette de France*, n.º 74, 12/03/1798. BNE, HD, *ME*, I, 4-1798, p. 326. BNE, HD, *Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los párrocos*, n.º 69, 26/04/1798, p. 272. BNE, HD, *Correo Mercantil de España y sus Indias*, n.º 49, 18/06/1798, p. 406. BNE, HD, *Correo Periódico de Valencia*, n.º 118, 1798, p. 455. BNE, HD, *Semanario de Zaragoza*, n.º 63, 10/08/1798, p. 94. BOE, Colección histórica, *Gaceta de Madrid*, n.º 26, 30/03/1798, p. 285. Hemeroteca Digital de Lisboa, *Gazeta de Lisboa*, n.º 15, 10/04/1798, p. 24. Esta novedad no la hemos localizado en los periódicos italianos de la época, inmersos en los temas políticos y bélicos.

de Medicina votó a favor de la práctica como medio de preservar la salud pública. Las cosas en Italia eran bastante parejas a principios de 1766. Por ejemplo, el rey de Nápoles se retiró a Portici por los estragos que ocasionaban en la capital. Incluso, la archiduquesa vienesa Isabel murió de esta infección el 30 de octubre de 1767<sup>107</sup>.

El ducado de Parma planteó introducir en 1768 el método del doctor Gatti para preparar la inoculación, ejecutarla y curarla porque aspiraba a la felicidad de sus vasallos. Este procedimiento se aplicó, bajo la dirección del mismo médico, a los discípulos de la Escuela Militar de París. Al margen, un decreto vienés con fecha de 8 de septiembre reguló la distancia a la que había que efectuar la operación en las poblaciones muradas y abiertas. Desde entonces el doctor Radnicki destacó en la capital, donde inoculó a la archiduquesa Teresa, hija única del emperador. Por otra parte, el Gobierno de Florencia utilizó las casas expropiadas a los jesuitas para hacerlo gratuitamente. La práctica también se frecuentó en la república veneciana hacia 1772. Años después, el 27 de septiembre de 1777, el doctor Gatti inmunizó a la familia real napolitana<sup>108</sup>.

No obstante, todavía quedaba mucho por avanzar. Un médico parisino denunció la presencia de una epidemia de viruelas en la primavera de 1784 ante la que «debemos compadecer la suerte de tantas víctimas de la preocupación y de la ignorancia, y aplicar nuestros esfuerzos a que se propague el método saludable de la inoculación». Por eso mismo el señor Jauberthon inoculó el primero de septiembre de 1785 al delfín y al duque de Berry en el palacio de San Cloud. Además, Luis XVI implantó un certificado de viruelas para que los súbditos pudieran moverse por los diferentes parajes del reino<sup>109</sup>. El *Mercurio* dejó durante unos tomos el tema de la viruela para centrarse en las tercianas que se experimentaron en la península ibérica. Sin embargo, no vamos a fijarnos en ello porque la epidemia fue exclusiva de España –informativamente hablando– y las características y las finalidades de estas novedades respondían a los mismos criterios que la inoculación, pero con el suministro de quina<sup>110</sup>. Las viruelas se retomaron en mayo de 1787 con una noticia que dio buena prueba de la desconfianza de ciertos sectores sociales hacia la técnica:

El doctor Gatti acaba de hacer felizmente en el Real Sitio de Caserta [Nápoles] la inoculación de las viruelas al príncipe heredero y a la princesa Amalia, y la reina ha hecho inocular en el mismo sitio a doce criaturas pobres [...], gratificando a los padres de cada una de dichas criaturas con 50 ducados<sup>111</sup>.

107. BNE, HD, *MHP*, CXVIII, 11-1754, pp. 10-11; CXXIX, 10-1755, p. 78; CLXXV, 6-1764, p. 109; CLXXVI, 10-1764, p. 123; CLXXX, 3-1766, p. 240; CLXXXV, 11-1767, p. 226.

108. BNE, HD, *MHP*, CLVII, 3-1768, p. 197; CLVIII, 10-1768, p. 147; 12-1768, pp. 323 y 337; CLIX, 1-1769, p. 41; CCVII, 11-1771, p. 104; II, 5-1772, p. 20; III, 11-1777, p. 204.

109. BNE, HD, *ME*, II, 5-1784, pp. 40-44; III, 10-1785, p. 121; I, 3-1786, p. 351.

110. BNE, HD, *ME*, II, 8-1786, pp. 367-368; III, 9-1786, pp. 65-66; I, 2-1787, pp. 184-185; 2-1787, pp. 188-194.

111. BNE, HD, *ME*, II, 5-1787, p. 16.

El 28 de abril de 1787 se hizo una escenografía similar con los archiduques de la Lombardía austriaca. En la villa valenciana de Ademuz sucedió lo propio el 29 de diciembre de 1789 con los hijos del comisario de Marina Francisco Campuzano. Además, el doctor Juan de Maqueriza vacunó en Lequeitio, Vizcaya, a «muchos niños de familias de labradores y pescadores pobres que no podían atender a su asistencia y alimento»; y la cabecera contó asimismo cómo el médico O'Scanlan operó a sesenta y tres personas en Madrid a finales de 1792 o a las familias de los ministros españoles en otoño de 1794<sup>112</sup>. La publicística más intensa del *Mercurio* se produjo a partir de 1797, cuando difundió las actividades de los médicos que inoculaban a personas corrientes de pueblos y provincias del reino. Tenemos los ejemplos de Madrid, Toboso, Añover, San Sebastián del Valle, Moraleja, La Granja de Escarpe, Bretun, Sevilla y Alberite<sup>113</sup>. Esta propaganda quería mostrar la posición aventajada de España en la carrera por el progreso sanitario. Pero en cualquier caso formaba parte de un discurso que aspiraba a superar los prejuicios populares, reivindicar el papel paternalista de los Estados occidentales y elogiar su bienestar social. Una imagen que contrastaba con la del Imperio otomano.

## 5. CONSIDERACIONES FINALES

La pandemia de la COVID-19 es uno de esos procesos históricos que nos ha permitido viajar atrás en el tiempo. El número de muertos, el origen del virus, los bulos, las olas, los confinamientos, las limitaciones de movilidad, el pasaporte COVID, los debates económicos, la inoculación, las desigualdades, el miedo, la angustia o la ansiedad son hechos semejantes a los aparecidos hace doscientos años en el *Mercurio*. Así, la sociedad más preparada de la historia, y con más recursos y conocimientos a su alcance, se ha visto reducida a las mismas prácticas y dinámicas que la del siglo XVIII, algo que confirma la vigencia del tiempo pasado con el actual, y la necesidad de aprender y tomar conciencia de cara a nuevos retos infecciosos favorecidos por los cambios ambientales del calentamiento global.

Los libros de Secundaria alojarán en unos años un apartado dedicado a la crisis epidémica de 2020-2022. El temario lo enfocará como un suceso unificado, pero desde un punto de vista cultural existieron muchísimas pandemias. Cada persona, por sus creencias, vivencias y circunstancias, la experimentó de forma distinta, de tal manera que si le preguntáramos nos daría una opinión subjetiva, aunque su mensaje estuviera cargado de datos neutros e imparciales. Parte de esa visión está condicionada por unas afinidades ideológicas que sirven como vara de medir los acontecimientos. La prensa unificó estas miradas en un producto

112. BNE, HD, *ME*, II, 6-1787, p. 102; II, 6-1790, p. 151; I, 4-1791, pp. 306-308; III, 12-1792, pp. 361-362; I, 1-1795, pp. 118-119.

113. BNE, HD, *ME*, III, 9-1797, p. 84; I, 2-1798, pp. 175-177; 3-1798, pp. 270-271; III, 12-1798, pp. 382-389; II, 5-1799, pp. 87-88 y 123; II, 6-1799, pp. 216-217; 7-1799, pp. 306-307; III, 9-1799, pp. 101-102.

homogéneo. Por eso no es lo mismo leer un periódico contrario al Gobierno, que consultar las notas oficiales de prensa emitidas por el Ministerio de Sanidad. En el Setecientos ocurría lo mismo. Así, el *Mercurio* diseñó una percepción con la que valorar los sucesos del mundo. Nuestro objetivo oponía el uso informativo de las enfermedades en el Mediterráneo, lo que ha revelado dos bloques claramente enfrentados. Una imagen con la que reafirmar la superioridad cultural del modelo civilizatorio cristiano, y con la misión de influir, dirigir y reforzar la mentalidad sesgada del público. Las noticias del periódico se vendían como verdades universales y el/la lector/a podía creérselas o no, pero al menos ya opinaba o se hacía un juicio en torno al criterio oficial.

El contenido del Imperio otomano estaba escrito de primeras con un sentido negativo. La peste fue el principal recurso narrativo del relato para constatar la ignorancia y el desmoronamiento de la sociedad musulmana. Las políticas del Gobierno no se encauzaron en casi ningún momento a proteger a la población, que lidiaba con los contagios, la carestía, la inflación y la violencia social. Constantinopla era un reflejo del caos de las provincias; un país llevado al límite de sus fuerzas durante la guerra y cuyas fronteras marcaban la separación entre la barbarie y la civilización. En cambio, las novedades del Mediterráneo occidental enseñaban un orden y un progreso intrínsecos a la naturaleza de sus Estados. El paternalismo de las autoridades nacía de una bondad innata que les empujaba a mejorar las condiciones vitales de las personas corrientes, con un daño que era proporcional al éxito de la gestión. Las cuarentenas y los cordones sanitarios eran la mejor manera de protegerse de los peligros biológicos otomanos. Además, la inoculación de las viruelas demostró que esto iba seguido de un avance médico con el que desterrar los prejuicios populares, fomentar su práctica y aumentar el bienestar social.

El *Mercurio* ofreció a sus contemporáneos un discurso uniforme con unos mensajes codificados. La gran pregunta es qué reconocimiento tuvo esta perspectiva en la prensa extranjera. ¿Era una imagen aceptada? ¿La cabecera española reprodujo una opinión mayoritaria? ¿Qué decían el periodismo francés, italiano o austriaco? La historiografía tiene muchas preguntas por delante y aquí se abre una línea de investigación inédita basada en la comparativa de los contenidos implícitos y sus usos en la prensa española y europea. El pensamiento periodístico sobre el Mediterráneo es parte de esa larga duración, en el seno de las civilizaciones cristiana y musulmana, que nos permite comprender la cultura, las mentalidades, las actividades económicas, las respuestas sociales y las formas de vida desde la historia total. Y el *Mercurio* es una pequeña porción de esa tradición mediterránea.

## 6. BIBLIOGRAFÍA

Alberola Romá, Armando (2014), *Los cambios climáticos. La Pequeña Edad del Hielo en España*, Madrid: Cátedra.

- Alberola Romá, Armando (2015), «Tiempo, clima y enfermedad en la prensa española de la segunda mitad del siglo XVIII. Diarios meteorológicos y crónicas de desastres en el Memorial Literario», *El Argonauta Español*, 12. En línea, <https://journals.openedition.org/argonauta/2142>
- Alberola Romá, Armando (2019), «Paisatge, clima, perill, por i patiment: una ullada al Mediterrani occidental a l'època moderna», *Pedralbes. Revista d' Història Moderna*, 39, pp. 83-119. <http://hdl.handle.net/10045/107923>
- Arrizabalaga Valbuena, Jon (1991), «La Peste Negra de 1348: los orígenes de la construcción como enfermedad de una calamidad social», *Dynamis: Acta Hispanica ad Medicinæ Scientiarumque Historiam Illustrandam*, 11, pp. 73-117. <https://raco.cat/index.php/Dynamis/article/view/105920>
- Baehrel, René (1951), «Epidémies et terreur: histoire et sociologie», *Annales historiques de la Révolution française*, 23, pp. 113-146. <https://www.jstor.org/stable/i40089486>
- Barona Vilar, Josep Lluís (coord.) (2023), *Manual de Historia de la Medicina*, Valencia: Tirant lo Blanch.
- Berná Ortigosa, Antonio Manuel (2024), *Prensa y «desastres» en el Mercurio Histórico-Mercurio de España (1738-1830)*, San Vicente del Raspeig: Universidad de Alicante. <http://hdl.handle.net/10045/141220>
- Bernabeu Mestre, Josep (2024), *Prevenir antes que curar. Las crisis sanitarias y las lecciones de la historia*, Valencia: Edicions del Bullent.
- Buchan, Jorge (1786), *Medicina doméstica o Tratado completo del método de prevenir y curar las enfermedades*, Madrid: Imprenta de Benito Cano. <http://hdl.handle.net/10045/121121>
- Bueno Vergara, Eduardo y Perdiguero Gil, Enrique (2023), «La historiografía española sobre salud y enfermedad en el siglo XVIII: Estado de la cuestión y asignaturas pendientes», *Cuadernos Dieciochistas*, 24, pp. 13-39. <https://doi.org/10.14201/cuadeci2023241339>
- Bunes Ibarra, Miguel Ángel de (2015), *El imperio otomano (1451-1807)*, Madrid: Editorial Síntesis.
- Chircop, John y Martínez, Francisco Javier (coords.) (2018), *Mediterranean quarantines, 1750-1914: Space, identity and power*, Manchester: Manchester University Press.
- Crespo Solana, Ana (2000), «El comercio marítimo entre Ámsterdam y Cádiz (1713-1778)», *Estudios de Historia Económica*, 40, pp. 7-162. <http://hdl.handle.net/10261/14961>
- Durán Maseda, María José (2004), *Medicina y sociedad en el Memorial Literario (1784-1808)*, Valladolid: Universidad de Valladolid. <https://uvadoc.uva.es/handle/10324/58818>
- Duro Torrijos, José Luis (2014), *Los inicios de la lucha contra la viruela en España. Técnica e ideología durante la transición de la inoculación a la vacuna (1750-1808)*, San Vicente del Raspeig: Universidad de Alicante. <http://hdl.handle.net/10045/45825>
- Enciso Recio, Luis Miguel (1957), *La Gaceta de Madrid y el Mercurio Histórico y Político, 1756-1781*, Valladolid-Madrid: Universidad de Valladolid-Escuela de Historia Moderna del CSIC.
- Extremera Extremera, Miguel Ángel (2020), *La civilización otomana (1300-1800)*, Madrid: Sílex.
- Feijoo, Benito Jerónimo (1770), *Cartas eruditas, y curiosas* [...], Madrid: por Joaquín Ibarra, a costa de la Real Compañía de Impresores, y Libreros. <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcns2v8>
- Franco Rubio, Gloria (1998), *Cultura y mentalidad en la Edad Moderna*, Sevilla: Mergablum.

- García Acosta, Virginia (2005), «El riesgo como construcción social y la construcción social de riesgos», *Desacatos: Revista de Ciencias Sociales*, 19. En línea, [https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1607-050X2005000300002](https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-050X2005000300002)
- García Álvarez-Busto, Alejandro (2020), «Pandémon Nosêma. Una revisión historiográfica de cómo las sociedades respondieron ante las epidemias a lo largo de la historia», *Historiografías*, 21, pp. 6-39. <https://papiro.unizar.es/ojs/index.php/historiografias/article/view/5710>
- Guinard, Paul (1973), *La presse espagnole de 1737 à 1791: formation et signification d' un genre*, Paris: Centre de Recherches Hispaniques.
- Larriba, Elisabel (2013), *El público de la prensa en España a finales del siglo XVIII (1781-1808)*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Le Roy Ladurie, Emmanuel (2017), *Histoire humaine et comparée du climat*, Paris: Fayard.
- López Piñero, José María (2000), *Breve historia de la medicina*, Madrid: Alianza Editorial.
- Lozano Díaz, José Daniel y Berná Ortigosa, Antonio Manuel (2023), «A comparative analysis of earthquakes as reported in the official Spanish press (1770-9): A commercial strategy?», en Domenico Cecere and Alessandro Tuccillo (eds.), *Communication and Politics in the Hispanic Monarchy: Managing Times of Emergency*, Berlin: Peter Lang, pp. 223-252. <https://doi.org/10.3726/b21360>
- Rodríguez Campomanes, Pedro (1774), *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, Madrid: Imprenta de Antonio Sancha. <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcj9652>
- Sáiz García, María Dolores (1990), *Historia del periodismo en España. 1. Los orígenes. El siglo XVIII*, Madrid: Alianza Editorial.
- Tissot, Samuel Auguste (1773), *Avisos al pueblo sobre su salud*, Pamplona: Imprenta de Pasqual Ibáñez. <https://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000211975&page=1>
- Urdainqui Miqueleiz, Inmaculada (2022), *La República de la Prensa: periódicos y periodistas en la España del siglo XVIII*, Eduardo San José Vázquez y María Fernández Abril (eds.), Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII, Universidad de Oviedo y Ediciones Trea.
- Varlik, Nükhet (coord.) (2017), *Plague and Contagion in the Islamic Mediterranean*, York: Arc Humanities Press.
- Vidal Hernández, Josep Miquel (2002), *El Lazareto de Mabón, una fortaleza sanitaria*, Menorca: Institut Menorquí d'Estudis.

